

# REALIDAD Y MITO DEL NACIONALISMO ESPAÑOL: BIBLIOGRAFÍA RECIENTE Y ESTADO DE LA CUESTIÓN

FERNANDO MOLINA  
Universidad del País Vasco  
fernando.molina@ehu.es

## RESUMEN

La reciente aparición de varios libros sobre el nacionalismo español en la democracia actual permite constatar la madurez que ha alcanzado la historiografía y ciencia social española en el análisis de esta peculiar vertiente de la sociedad y la política contemporáneas. El nacionalismo español, a la luz de estos y otros trabajos, ya no es ese fenómeno político desconocido en la historia de España. Sin embargo, un cuidadoso análisis de esta nueva bibliografía también refleja que, como suele ser habitual en el mundo académico español, las modas teóricas resultan demasiado fácilmente endosadas a una investigación empírica muy deficiente y a una reflexión teórica muy débil. Modas que, además, tienen la —sospechosa— virtud de facilitar comprensiones parciales y mitificadoras de la supuesta realidad de este fenómeno en la España del presente.

*Palabras clave:* España, nacionalismo, historiografía.

## MYTH AND REALITY IN SPANISH NATIONALISM: RECENT BIBLIOGRAPHY AND THE STATE OF THE QUESTION

### ABSTRACT

The recent appearance of several books on Spanish nationalism in the current democracy leads us to note the maturity reached in Spanish social science and historiography in analysing this specific strand of contemporary politics and society. Spanish nationalism, in the light of this and other publications, is no longer an unknown phenomenon in the history of Spain. However, a careful analysis of this new bibliography also reflects that, as is habitual in Spanish academic circles, theoretical fashions are too

easily taken up with rather deficient empirical research and very weak theoretical reflection. These fashions also have the suspicious virtue of facilitating partial insights and tend to award mythical proportions to the assumed reality of this phenomenon in today's Spain.

*Key words:* Spain, nationalism, historiography.

\* \* \*

## I

Hace no muchos años, el nacionalismo español era visto por la historiografía de «la cuestión nacional» como un «protagonista desconocido» de ésta, que contaba con tan escasos estudios que no eran mucho más que pequeños «oasis en el desierto» (1). El trabajo de unos cuantos historiadores ha posibilitado superar estos desiertos, promoviendo un salto hasta situarse, en el apartado teórico (otra cosa es el trabajo empírico), en un nivel paragonable al de la historiografía europea (2). La reciente aparición de tres libros sobre este fenómeno en su periodo más reciente, a cargo de Sebastian Balfour y Alejandro Quiroga, Helena Béjar y un elenco de autores dirigido por Carlos Taibo, refuerza esta impresión (3).

Balfour y Quiroga son responsables de un libro escrito originariamente para un público anglosajón y que explica la historia y claves del debate nacional. Sostienen que España ha sido reinventada como referente de una identidad nacional-regional, democrática y moderna, vinculada al modelo de organización territorial de la Constitución de 1978. A su análisis de ese debate constitucional y de la formación del mapa territorial e identitario de la España democrática, suman la evolución de los discursos ideológicos sobre la nación y la valoración de las nuevas iniciativas de reforma estatutaria surgidas recientemente.

En su libro, España aparece como espacio de convergencia y divergencia de proyectos de nación y de comunidades «híbridas», regionales, reinventadas en el proceso de construcción del Estado de las autonomías. Su análisis histórico

---

(1) NÚÑEZ SEIXAS (1993): 138; (1997): 483-491. La debilidad en el conocimiento del fenómeno era también subrayada por BERAMENDI (1984): 49-50 y (1992): 138; o BOTTI (1993), que vinculaba este desinterés a una forma de comprensión historiográfica mítica, fundada en una perspectiva «fracasada» de la historia de España. DE RIQUER (1990) insistiría, también, en que este estudio quedaba dificultado por la activa militancia nacionalista de los historiadores de la época, tanto en su versión española como periférica.

(2) MOLINA (2008); MOLINA y CABO (2008).

(3) HELENA BÉJAR, *La dejación de España. Nacionalismo, desencanto y pertenencia*, Katz editores, Madrid, 2008, 290 páginas; CARLOS TAIBO (dir.), *Nacionalismo español. Esencias, memoria e instituciones*, Los libros de la Catarata, Madrid, 2007, 383 páginas; SEBASTIAN BALFOUR y ALEJANDRO QUIROGA, *España reinventada. Nación e identidad desde la Transición*, Península, Barcelona, 2007, 415 páginas (ed. original, Cambridge University Press, 2007).

está centrado en discursos políticos y mediáticos, aunque, en ocasiones, tiende a tomar éstos como mero cauce desde el que incidir en asuntos muy actuales, sobre los estatutos o la memoria histórica. De este análisis se desprende el afán por normalizar el debate patriótico en su contexto internacional y en las inquietudes de los españoles, muy diferentes de las de sus elites políticas. En las conclusiones, ponen el acento en que el actual proceso de «residualización» del Estado puede afectar su capacidad de arbitraje de las disputas de poder entre las elites políticas locales y de control de los mínimos de igualdad y solidaridad que exige un Estado de aspiración nacional.

El tono mesurado de este libro resulta inversamente proporcional al de la obra dirigida por Carlos Taibo. Se trata de una compilación que yuxtapone una minoría de textos serios en su argumentación a una mayoría de textos pobres de solemnidad en su capacidad expositiva. Así, esta conjunción de historiadores y científicos sociales genera un resultado intelectual desconcertante, dada la disparidad de estructuras argumentales, reparto de epígrafes, recurso a aparato científico, etc. Además, su contenido resulta contradictorio con la premisa de que parte su director: que el nacionalismo español es materia no suficientemente estudiada (p. 11). Y es que de sus artículos más destacables (básicamente, los cinco primeros), cuatro provienen de trabajos ya difundidos. Así pues, el rechazo que su libro pudo recibir de importantes editoriales (pp. 7-8), puede explicarse por razones de pura coherencia editorial. Un ejemplo que puede ilustrar la percepción que da este libro de «cosa ya leída» es el capítulo de Xacobe Bastida, a quien no se le puede discutir capacidad expresiva y argumental (aunque tampoco autosuficiencia intelectual), que sigue amortizando una tesis doctoral publicada por Ariel hace diez años y ampliamente difundida en artículos monográficos.

Taibo se muestra incapaz de conferir coherencia a las colaboraciones, así como de presentar una contextualización internacional y una razonable reflexión teórica, labores que no creo le serían ajenas. A falta de ello, se limita a dotar al nacionalismo español de la clásica aureola mítica propia de la cultura de los nacionalismos periféricos, en tanto que ideología total consumida por condicionantes reaccionarios y autoritarios (pp. 17 y 18). Por supuesto, eso no ocurre en los nacionalismos periféricos, que se limitan a responder a su agresión retórica y egoísmo político (p. 41).

El libro de Helena Béjar es el resultado de una investigación empírica sociológica que plantea cuatro tipologías de discurso bastante ideales: el españolista tradicional, de raíces conservadoras y concepción etnocívica de la nación, que identifica con votantes del PP; un confuso «neoespañolismo», que unifica discursos cívicos e identifica con fracciones de votantes de los partidos de ámbito estatal, incluidas las plataformas cívicas reconvertidas en partidos políticos (Ciudadans de Catalunya, UPD); el nacionalismo moderado, etnocívico, propio del PSC, CiU o PNV, así como de un sector de la izquierda estatalista; y el nacionalismo radical que identifica con Batasuna. En este caso, no queda nada

clara la razón de la «vasquización» de un fenómeno que podría extenderse también, en grado menor, a otros territorios.

Béjar se centra en el análisis de los testimonios de ciudadanos organizados según grupos que seleccionó ignorando, conscientemente, el factor del género, algo un tanto cuestionable. Primero, porque el imaginario nacionalista está plagado de imágenes de género que hubiera resultado muy interesante contrastar con «las» patriotas. Pero también porque en los procesos de identificación nacional, la mujer tiende a jugar un rol determinante. Me atrevería a decir, como apreciación personal, que la asimilación de la identidad nacional periférica por emigrantes e hijos de éstos ha tenido en la figura de las madres/novias/esposas un referente esencial (4). El libro concluye reivindicando la necesidad de un rearme moral del nacionalismo español en torno a su tradición liberal, tras constatar su debilidad cultural, así como el campo semántico negativo que lo acompaña. Y ello con el fin de absorber una identidad mayoritaria, manifestada según referentes duales (nacional-regional) o unitarios que aún carecen de un adecuado canal de expresión (p. 278).

## II

De la lectura de estos tres libros se desprende, en primer lugar, la fractura cultural y simbólica que aqueja a este nacionalismo, así como el impacto que ello tiene en el debate sobre la organización territorial del Estado. Balfour y Quiroga o Núñez Seixas en su colaboración en el libro de Taibo reflejan cómo durante la transición se produjo una amplia deslegitimación del nacionalismo español, tanto por la retracción patriótica de una derecha cuestionada en su reaccionario ideal de nación, como por la asimilación izquierdista de la asociación entre franquismo y nacionalismo español, que generó una «dejación de España» (Béjar, pp. 36-40). El debate constitucional frenó un tanto el proceso, a fuerza de convertir la Constitución de 1978 y la transición en sendos lugares de memoria patria «petrificados». El patriotismo constitucional y la reformulación regionalista del discurso patriótico han sido los únicos ejes que han garantizado un moderado consenso patriótico entre los diversos discursos ideológicos sobre la nación (Béjar, pp. 40-41, 83-93, 141, 268-269; Balfour y Quiroga, pp. 88-92, 141-142, 167-176; Seixas en Taibo, pp. 181-185) (5).

Sin embargo, más allá de este espacio de consenso cívico-constitucional, las políticas de identidad de PSOE y PP han reflejado una amplia fractura en el campo simbólico, bien porque las variantes patrióticas más cívicas han abando-

---

(4) Se trata éste de un aspecto ausente en el útil ensayo sobre estos procesos de CHACÓN (2006).

(5) Tesis ya presentes en NÚÑEZ SEIXAS (2001): 722-727; (2004): 48-49 y (2005).

nado la opción de respuesta cultural a las políticas de identidad de ciertas autonomías periféricas; bien porque la propia cultura nacionalista española no acaba de demostrarse políticamente operativa, ni entre los simpatizantes del nacionalismo conservador ni en tanto que objeto de consenso con las variantes patrióticas izquierdistas, que reflejan un notable rechazo a un repertorio mítico y simbólico que Béjar considera pendiente de renovación.

Así, las políticas y retóricas modernizadoras de las primeras legislaturas del PSOE, bien analizadas por Balfour y Quiroga (pp. 155-157), se caracterizaron por un patriotismo de perfil cultural bajo, hasta el punto que corrieron paralelas a una generosa cesión de resortes nacionalizadores (caso, por ejemplo, de la educación) a las comunidades gobernadas por nacionalismos competitivos. Estos gobiernos los han aprovechado para borrar, simbólica y semánticamente, la nación española de sus espacios públicos (Balfour y Quiroga, pp. 243-264). Esa «cesión» queda patente en los testimonios recogidos por Béjar (pp. 97, 259, 270) no sólo como uno de los reproches al patriotismo de la «izquierda» entre derechistas, sino también entre muchos izquierdistas.

Así pues, la fractura simbólica ideológica en torno a la idea de patria es consecuencia de la propia fractura que sufre la poderosa izquierda entre sus diversos discursos patrióticos, que van desde el patriotismo cívico o etno-cívico hasta lo que Béjar (pp. 102-108, 122-126) denomina un «nacionalismo ingenuo», simpático a las naciones periféricas. Se trata de una variante que está presente en todos los estratos izquierdistas, aún cuando es mayoritaria en el PSC o IU. Comparte con el nacionalismo periférico una concepción negativa, artificial y reaccionaria de la idea de España, frente a su imagen positiva, natural y progresista de las nacionalidades periféricas, según la cultura política maniquea de la transición. La mayoría de los colaboradores del libro de Taibo (incluido él mismo) participan en ella, sólo hay que comparar su concepción del nacionalismo español con la propia de los nacionalismos «ingenuo» o periférico que describe Béjar (pp. 263-264). Esta concepción coloca al nacionalismo español en un callejón sin salida pues «si no se afirma, demuestra sus carencias; si lo hace, exhibe su carácter autoritario. De uno u otro modo queda desprovisto del prestigio que se le supone a los nacionalismos sin Estado». (Béjar, p. 264) Algo que ya quedaba patente en publicistas como el trágicamente desaparecido Ernest Lluch, que mantuvo intensos debates con Fernando Savater y otros críticos de los nacionalismos periféricos (6).

Esta fractura interna de la izquierda explica el intenso debate generado por la recuperación de un simbolismo nacionalista por parte del Partido Popular en estos últimos años, especialmente en el campo de la semántica y las liturgias públicas. Las portadas de los libros de Taibo o Balfour y Quiroga, así como la

---

(6) Estas polémicas en SAVATER (2001): 363-364. Véase, asimismo, el cruce de reproches entre JAVIER VARELA, «¿Quién teme al nacionalismo español?», *El País*, 19 de marzo de 1996 y ERNEST LLUCH, «Temo al nacionalismo español», *La Vanguardia*, 19 de septiembre de 1996.

introducción de Béjar, ilustran esa recuperación de la bandera y el himno, así como la creación de aparatosos ceremoniales y conmemoraciones que han incidido en las contradicciones de la izquierda respecto a una identidad que una parte importante de sus elites y portavoces reclaman que tenga un perfil cultural bajo o inexistente (Béjar, pp. 46, 82-83, 95-96, 108-110, 225-231; Balfour y Quiroga, pp. 221, 258-265)

La fractura simbólica entre los dos grandes bloques ideológicos que articulan este nacionalismo no es nueva, sino una constante en su historia sobre la que incidió poderosamente el franquismo. Así lo demuestra el debate político en torno a la Guerra Civil y la dictadura (Béjar, pp. 246-250, 272). La fracturada memoria histórica ha hecho imposible la articulación de un mito antifascista de consenso similar al inventado en países del entorno como Francia o Italia, como señalan Balfour y Quiroga (pp. 159-167) (7). De todas formas, esta polémica sólo es reflejo de la general dificultad que tienen ambos bloques ideológicos para formular una cultura nacional en la que reconocer un patrimonio histórico y mítico común (Béjar, pp. 36-37, 232-237, 278).

Esta fractura simbólica ha generado un nacionalismo cultural de perfil bajo, debilitado por el debate entre sus variantes neorregionalistas, federalistas asimétricas y «unitarias». Tanto Béjar como Balfour y Quiroga coinciden en señalar el panorama de crisis del Estado de las autonomías que lo enmarca, incentivado por la carrera desenfrenada entre comunidades autonómicas por adquirir competencias y titulaciones soberanas, refugiándose en agravios comparativos y presionando por convertir el poder del Estado en «residual». La falta de referentes culturales que refuercen el rol del Estado en este debate es subrayada por Balfour y Quiroga (pp. 171, 178-180) o Béjar (pp. 71-73, 100, 275), que inciden en la disparidad de concepciones en torno a la solidaridad (que tiende a ser arrebatada como concepto por la derecha de las dubitativas manos de una izquierda dividida entre «simétricos» y «asimétricos»); y del «hecho diferencial» de las comunidades «nacionales» (catalana, vasca, gallega, andaluza, etc.). Como apuntan Balfour y Quiroga (pp. 280-281), se trata de un debate enroscado en una dinámica de competencia entre elites locales (nacionalistas o regionalistas) por el control de aparatos de poder y recursos financieros públicos. Un debate que ha incorporado, recientemente, la semántica de la nación pues «poseer la categoría de nación está en relación con el número de competencias ganadas al Estado» (Balfour y Quiroga, p. 286).

Lo curioso es que la reacción del nacionalismo español a esta situación no aparece descrita en estos libros (salvo el de Taibo) como agresiva. La reivindicación de un retorno de competencias de educación o lingüísticas se encontrará entre ciertos publicistas conservadores o militantes cívicos, pero no cuenta con espacio en el discurso oficial de los grandes partidos, en el que, por el contrario, lo que se abre paso es una apuesta por un patrimonio cívico «nacional», com-

---

(7) En ello había incidido NÚÑEZ SEIXAS (2004): 48, 65-66.

puesto por principios de solidaridad, igualdad, ciudadanía y unidad territorial. Ese patrimonio no está exento de dimensiones culturales, pues «patriotismo cívico y nacionalismo español son repertorios distintos que se presentan como alternativos y opuestos pero que se usan, con igual referente nacional, de manera situacional» (Béjar, p. 33). Esta alternancia de los repertorios tiene como fin incentivar una respuesta cívica a los nacionalismos periféricos que requiere de un cierto lenguaje emotivo que supla la frialdad de la «virtud republicana» (Balfour y Quiroga, 171-172) (8).

Este patriotismo está inspirado intelectualmente por movimientos cívicos que han dado por perdida la guerra cultural con los nacionalismos periféricos, al constatar la división cultural que debilita al nacionalismo español frente a aquéllos, que se ven revalidados en el conflicto (Béjar, pp. 33-34). De esta manera, la cuestión nacional periférica, el terrorismo de ETA (que requeriría un análisis monográfico de sus implicaciones patrióticas, apenas abordadas en ninguno de estos libros) y el debate sobre la descentralización han terminado por poner en marcha un movimiento social y político que ha convertido el conflicto identitario en cauce para conferir un amplio contenido cívico al nacionalismo español.

Estas características generales del nacionalismo español contribuyen a acercar éste a una realidad plural y diversa (y ambigua), muy distante de la mitificación que de él proponen autores como Taibo y muchos de sus colaboradores (9). Realidad que cuenta con una serie de claves de comprensión teórica que conviene concretar.

### III

Para comenzar, existe una falta de precisión en el análisis del nacionalismo español acerca de cuál es su significado conceptual (y, en especial, sus límites). Este debate se ha orillado de forma un tanto impostora, hurtando una templada reflexión teórica e histórica. Con ese fin, se están amortizando una serie de teorías que gozan de general predicamento en la ciencia social actual, acerca de la condición etno-cívica y banal de los nacionalismos de Estado. Ambos paradigmas han alentado una práctica asimilación nacionalista de cualquier manifestación asociada a la idea de España o Estado español.

---

(8) Véase, también, NÚÑEZ SEIXAS (2005): 73-79.

(9) Un reciente trabajo producto de una de estas colaboraciones (y no de las más afortunadas) es MORENO (2008), que incorpora la noción de «nacionalismo lingüístico» a la larga nómina de maldades del «Estado español castellanista» que contrapone al nacionalismo «periférico-resistente». La imposición lingüística actual en comunidades como Cataluña es justificada en este libro por las prácticas pasadas del Estado «colonial» español, según un argumentario que, limpio de polvo y paja académica, podría asimilarse a la formulación siguiente: resulta lógico que un niño maltratado se convierta en un varón maltratador...

El primer paradigma es muy conocido pues ya lo dejó perfilado José Álvarez Junco para el caso del nacionalismo decimonónico y su compendio de referentes etno-románticos y cívicos (10). Aparece implícito en el análisis de Balfour y Quiroga (pp. 167-174), así como en casi todas las modalidades que tipifica Béjar. Sin embargo, una cosa es que esos nacionalismos estatistas remitieran la nación a esencias románticas en diversa intensidad (entre la Prehistoria y la Cádiz de 1812 creo que existe una gradación que no siempre se les aplica) y otra muy distinta que la doten de contenidos explícitamente culturales (de orden lingüístico, histórico, etc.). Y el problema es que Taibo (pp. 15-18), como muchos otros, no caen en esos distingos ni en modular el «esencialismo». Es más, utiliza aleatoriamente este paradigma en unas páginas y su contrario, el que disocia variantes étnicas de cívicas, en otras. Así lo hace al describir un nacionalismo que «a duras penas ha casado con una idea nacional asentada en la fraternidad, la solidaridad y, claro, la voluntariedad» (p. 18). Un nacionalismo que, respaldándose en las tesis de Xacobe Bastida, quedaría como «étnico», dado que este colaborador de su libro describe los periféricos como «cívicos» (pp. 143 y 147).

Béjar, por contra, propone que el nacionalismo español cuenta con un apreciable peso de componentes cívicos, dado que son los determinantes en partidos como UPyD, *Ciutadans* y una parte de la militancia de izquierdas, y está también presente, junto con contenidos culturales, en la más conservadora (pp. 33, 232-237, 264-267). Precisamente, esa debilidad cultural explica que a lo máximo que hayan llegado los ideólogos del patriotismo constitucional sea a dotar a éste de un limitado contenido historicista, como constatan Balfour y Quiroga (pp. 171-172).

Por lo demás, la asimilación oportunista del paradigma mixto suele apuntar a una idea un tanto perversa: la igualdad moral de todos los nacionalismos. Béjar refleja la distancia que existe entre la cultura de impronta tolerante del nacionalismo español o de los nacionalismos periféricos y la cultura agresiva del radical vasco (y no sólo de éste, véanse los episódicos actos de agresión y coacción a intelectuales y políticos que son acusados de posicionarse «contra Catalunya»). Por eso, convenir con un autor —que pasa por representar la más innovadora (post)modernidad teórica— que los «motivos» de los milicianos serbios de Kosovo o de los militantes de ETA «pertenecen a la misma familia» (cultural) que los de los ciudadanos franceses o estadounidenses que agitan una banderita o cantan el himno nacional en un partido de fútbol me parece un despropósito (11).

---

(10) ÁLVAREZ JUNCO (2001); resumido por JACOBSON (2006), este paradigma es eje de un ensayo, centrado en el conjunto de la España contemporánea, de MURO y QUIROGA (2005). Ha sido abordado teóricamente por BROWN (2000), HECHTER (2000) o BRUBAKER (2000), que ha cuestionado tesis suyas previas más proclives a una perspectiva disociativa de ambas dimensiones, étnica y cívica.

(11) ÖZKIRIMLI (2000): 5.

Este tipo de relativismo moral, siquiera en un estado latente, puede detectarse en algún provocativo ensayo que advierte que «las personas que se ‘piensan’ nacionalmente españolas (seguramente dirían que se ‘sienten’) son sistemáticamente informadas de que la relación entre nacionalismo y violencia se restringe al (en términos españoles) ‘norte’ por antonomasia. En cambio, como observa Billig, los grandes arsenales mortíferos están en manos de Estados-nación establecidos y pocos críticos del nacionalismo han sugerido qué debe hacerse al respecto». Esta cita permite presentar el otro paradigma que sustenta *sobradas* intelectuales como la de Özkırımlı: el «nacionalismo banal» (12). Éste está presente en el análisis de Balfour y Quiroga (especialmente pp. 23-24) y en el libro de Taibo, quien incluso propone su traducción como «nacionalismo trivial» por ser «más correcta en castellano» (pp. 43-46). Fue incorporado de forma pionera por Núñez Seixas, y ha generado ensayos monográficos como el ya citado de Manuel Martí (13).

El nacionalismo banal es el conjunto de «hábitos ideológicos que permiten la reproducción de las naciones establecidas en el mundo occidental». Es decir, una ideología que recurre a la nación como metáfora cotidiana con el fin de legitimar estados sustentados en arsenales militares. Así, bajo ropajes de religión civil, se esconde un nacionalismo igual de peligroso que otros tradicionalmente alineados con movimientos secesionistas de carácter violento. Para Michael Billig, el ejercicio de la ciudadanía democrática no puede separarse de una rutina semiótica cotidiana plagada de referentes nacionalistas subliminales. En su opinión, la identidad nacional, en tanto permite la reproducción de la nación y sus contenidos agresivos, *es* también nacionalismo. Este nacionalismo es asimilado banalmente mediante la semántica patriótica de los medios de comunicación y de símbolos como las banderas que ondean públicamente (14). De todas formas, más que proponer que la banalidad sea la «auténtica naturaleza» del nacionalismo estatal, en lo que incide este psicólogo social es en la forma explícitamente ideológica con que el contenido agresivo y desindividualizador de la nación permanece activo en los estados democráticos occidentales (15).

La tesis no es novedosa y estaba ya predeterminada por colegas suyos en estudios anteriores (16). De todas formas, su análisis de la incidencia del nacio-

---

(12) La cita en MARTÍ (2007): 108. Este ensayo está inspirado en el paradigma banal de BILLIG (1995), que aplica al nacionalismo español según un patrón cultural ya adelantado en MARTÍ (2001).

(13) NÚÑEZ SEIXAS (2005): 48. Ello explica que haya sido objeto de una traducción al catalán (Afers, València, 2006). Asimismo, la interpretación de Béjar de la identidad nacional como «hábito ideológico» en «la vida cotidiana de los españoles» remite poderosamente a él (p. 20).

(14) BILLIG (1995): 6-8, 15-16. Se trata de una tesis muy influida por el papel de los medios de comunicación en la representación de la nación, subrayado de forma pionera por ANDERSON (1993) [1983] o SCHLESINGER (1991).

(15) HEARN (2007): 660.

(16) DOBB (1964), citado por Billig en una sola página, ya adelantaba buena parte de sus tesis acerca de la colonización del lenguaje público, mediático y simbólico cotidiano por referen-

nalismo en las esferas públicas así como su cuestionamiento de planteamientos morales dualistas acerca de éste (cívico frente a étnico) le han convertido en un clásico que ha sido escasamente cuestionado y, por el contrario, ha fomentado multitud de ensayos asimiladores a muy diversos casos de estudio, especialmente centrados en los medios de comunicación de masas (17).

Y, sin embargo, este paradigma creo que está abierto a ser cuestionado o, cuando menos, matizado. Bajo su amparo protector, los estudios sobre el nacionalismo español, incluidos los aquí comentados, tienden a concebir éste como una ideología, un sistema ordenado de ideas que preside los discursos públicos de la nación (véase Béjar, p. 22; Balfour y Quiroga, pp. 12, 23-25; Núñez Seixas en Taibo, pp. 14-15). Por eso, en la cita anterior, Martí objetivaba como pensamiento el sentimiento nacional. Lo cierto es que el nacionalismo no es tanto la expresión sentimental de la nación cuanto el significado (político y cultural) compartido comunitariamente a través de ésta (18). Por ello entiendo que las categorías culturales catalogan mejor algo tan poco ideológico como la conexión de las identidades con el nacionalismo. Billig entiende que la expresión de la nación no sólo debe ser política para que sea considerada como nacionalismo, también puede ser cultural. Sin embargo, su consideración de la identidad como expresión inconsciente del nacionalismo, convierte a éste en una ideología subliminal y obligatoria. Y esto me parece discutible, así como fácilmente instrumentalizable por todos aquellos que, desde la militancia nacionalista, convienen que «todos somos nacionalistas», como hace Taibo (19).

Creo que es necesaria una disposición favorable al nacionalismo. Y esa actitud, por mucho que se vea favorecida por referentes banales, no tiene por qué ser automática. Ningún individuo resulta forzado públicamente en las modernas democracias occidentales a ser nacionalista. Se trata de una elección, quizá inconsciente, pero que implica una consideración irracional de determinados factores de la identidad colectiva sobre otros y que, además, puede estar

---

tes nacionales.

(17) ÖZKIRIMLI Y YUMUL (2000); PALMER (1998); FROSH y WOLFSFELD (2007). Una consideración general del impacto de esta tesis en HEARN (2007) y un desarrollo empírico reciente de ésta, que insiste en la nación como «rutina ideológica», en EDENSOR (2002). Respecto a sus leves críticas, centradas en el ámbito de la sociología o psicología social, véase la revisión de KIM (1997) y WERTSCH (1997), que motivó una (moderada y simpática) réplica de BILLIG (1997).

(18) BREUILLY (1990): 18-19.

(19) Curiosamente, TAIBO (y es algo reiterativo, véase igualmente JOSEP RAMONEDA: «La negación del nacionalismo español», *El País*, 26 de junio de 2008) acusa a los *nacionalistas españoles* de no considerarse como tales, frente a lo que hacen «franceses o alemanes» o los periféricos, que reflejan una «tranquila aceptación de la condición propia» (pp. 11-12). Bien, discutible es ya la primera consideración para cualquiera que conozca la tradicional dicotomía que, en Francia, por ejemplo, se mantiene entre «patriotismo republicano» y «nacionalismo», o entre «nacionalismo de nacionalistas» y «de no nacionalistas». Pero es que la propia Béjar muestra que tampoco desde la periferia hay especial entusiasmo por reconocerse como nacionalista sino, a lo sumo, como «patriota», pues el nacionalismo siempre es cosa de «los otros» (pp. 153-154, 275).

graduada por determinados tiempos o contextos emotivos. En definitiva, sin estar totalmente de acuerdo con Anthony Giddens (o Gopal Balakrishnan) en que las rutinas cotidianas son una barrera contra el nacionalismo, y que el estatal es un fenómeno propio de situaciones extraordinarias, simpatizo con su idea de que identidad nacional no es sinónimo de nacionalismo (20).

Creo que la tesis de Billig tiende a ser distorsionada pues está más enfocada a explicar el carácter «natural» de la reproducción pública de categorías sociales como la nación que a definir cómo los individuos participan en esa reproducción. Es decir, que queda por profundizar en cómo se produce la «personalización» (banal o no) del nacionalismo, por utilizar la expresión del antropólogo Anthony P. Cohen. Y es que el componente banal del nacionalismo español no tiene por qué implicar su automática personalización, como tantos estudiosos convienen. Bien es cierto que, en muchos casos, lo que se pretende con ello, de nuevo, es equiparar la nacionalización banal española con la agobiante política nacionalizadora que llevan a cabo ciertos gobiernos autonómicos. Pero tal pretensión no se revela operativa cuando se desciende al análisis social. Así, Balfour y Quiroga (pp. 264-265) convienen que la nacionalización banal no es efectiva en territorios en conflicto nacional, caso del País Vasco o Cataluña (o, como demuestran otros estudios, Escocia) (21).

Ambos historiadores comentan otro factor importante para delimitar el paradigma banal: que muchos españoles han desarrollado una «hipersensibilidad» (p. 265) a los símbolos nacionales del Estado. Algo muy característico del «nacionalismo ingenuo» que Béjar localiza en un porcentaje muy importante de la izquierda española (y también, curiosamente, en menor proporción, en la derecha). Así pues, en el conjunto del Estado, el ondear de la bandera (ítem referencial de la tesis de Billig) genera en una parte de la población, cuando menos, indiferencia. La «paradoja de la bandera sin dueño legítimo» que Béjar (pp. 92-95) señala como metáfora de este «antiespañolismo simbólico», obliga a matizar la efectividad del paradigma banal.

Por lo demás, al asociar la banalidad del Estado nación con su disposición de arsenales militares, se desliza la idea de que el auténtico peligro no reside en la violencia real que ejercen determinados nacionalismos del presente, caso del vasco, sino en la capacidad del Estado para generar (de la mano del nacionalismo) guerras a gran escala (22). E, incluso, que las violencias nacionalistas de la periferia responden (según insondable regla matemática) a la violencia del (nacionalismo del) Estado (Taibo, p. 16). Y así volvemos al inicio de la argumentación: la «banalización» del paradigma banal puede generar una efectiva «banalización del mal», igualando (como Özkırmı) morales muy diferentes.

---

(20) GIDDENS (1985): 215 y 218, cit. en BILLIG (1995): 44; BALAKRISHNAN (1996): 210-212.

(21) LAW (2001): 303.

(22) MARTÍ (2007): 108-109.

Porque decir esas cosas desde el confortable sillón del despacho universitario puede ser muy gratificante, especialmente para tanto académico empeñado en inyectar «compromiso social» (con su preceptivo toque «antisistema») a su trabajo cotidiano. Pero cuando uno vive en una comunidad (incluida la universidad) en la que la moral pública, rígidamente nacionalista, ha acabado por normalizar patrones de extrañamiento del otro (tachado, precisamente, como «español»), disculpando (si no amparando) su deshumanización y potencial liquidación, este tipo de igualaciones morales suenan a retórica hueca. Guerras siempre las ha habido, antes y después de que llegara el nacionalismo. Pero la vida cotidiana en Andoain, Hernani u Ondárroa no refleja la misma «banalidad nacionalista» que la de Valencia o Santiago de Compostela. Y para conceder que así sea yo, al menos, necesitaré algo más que una tesis tautológica, que tiene la ventaja de ser indemostrable y, al tiempo, irrefutable, lo que permite que pueda ser utilizada por cualquiera en su propio beneficio, ratificando una tesis ya elaborada de antemano.

#### IV

En noviembre de 2004, el Presidente del «Gobierno de España», José Luis Rodríguez Zapatero, manifestó en el Senado que si «en la teoría política y en la ciencia constitucional» había un concepto «discutido y discutible» ése era el de la nación. Fue su respuesta a los reproches que la oposición de derechas le endosaba por su escaso fervor unitario (23). Esta proclamación, unida a su ambigua retórica patriótica, formaba parte de un esfuerzo por superar el intenso nacionalismo de la pasada legislatura y reducir la confrontación simbólica de la nación estatal con las otras naciones consolidadas gracias al Estado de las Autonomías.

Tres años después, el 11 de diciembre de 2007, en una conferencia pública en Madrid, Artur Mas, líder de CiU, agitó por enésima vez el fantasma de la «autodeterminación», y retó a «España» a «prepararse» ante el desafío independentista de «Cataluña». Uno de los dirigentes socialistas más carismáticos del sector que Taibo denomina «ultramontano», José Bono, le respondió de forma espontánea, recomendando tranquilidad al catalanismo pues «todas las naciones son un invento» y, la catalana como la española, habiendo tenido un inicio, tendría un final. La respuesta catalanista a este arranque de «instrumentalismo» trasplantado al debate político fue que «las naciones no son un invento, son una realidad y un sentimiento» (24).

Resulta, así, que ciertos «nacionalistas españoles» se atreven a leer el fenómeno nacional desde planteamientos modernistas que subordinan la emoción a

(23) ABC, 18-11-2004.

(24) MOLINA y CABO (2010).

la razón, con el fin de superar mutuas posturas esencialistas. Este camino no es muy distante del que tomó el antiguo Presidente del Partido Nacionalista Vasco, Josu Jon Imaz. El éxito de su apuesta queda certificado en el destino que ahora ocupa en las filas de este partido.

En el nacionalismo español, como en el vasco, catalán o gallego, siempre existirán quienes prefieran acudir al «sentimiento» como materia de nación. La cuestión reside, pues, en cuántas manifestaciones públicas en sentido opuesto otros se atrevan a hacer, con el fin de desactivar repertorios de identidad fundados en el agravio y la confrontación. Como historiador del nacionalismo pero, sobre todo, como simple ciudadano (intercalado a fuerza de nacimiento y oficio en dos de las «naciones» de España), confieso el ansia con que aguardo a que alguno de los portavoces del nacionalismo que gestiona la tierra en que vivo (que no es, precisamente, el español) proclame su certidumbre de que el pueblo al que dicen que pertenezco correrá algún día igual suerte que la nación española. Porque, por de pronto, lo único que escucho hasta el momento es un cansino «raca-raca» sobre su origen «prehistórico» y su inmemorial «derecho a decidir». Quizá lo que asuste a algunos no sea tanto el mito del nacionalismo español como su desnuda realidad...

#### BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ JUNCO, JOSÉ (2001): *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus.
- ANDERSON, BENEDICT (1993): «Comunidades imaginadas». *Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México D.F., FCE.
- BALAKRISHNAN, GOPAL (1996): «The National Imagination», en G. Balakrishnan (ed.), *Mapping the Nation*, Londres, Verso, New Left Review.
- BALFOUR SEBASTIAN y QUIROGA ALEJANDRO (2007): *España reinventada. Nación e identidad desde la Transición*, Barcelona, Península.
- BÉJAR, HELENA (2008): *La dejación de España. Nacionalismo, desencanto y pertenencia*, Madrid, Katz editores.
- BERAMENDI, JUSTO (1984): «Aproximación a la historiografía reciente sobre los nacionalismos en la España contemporánea», *Estudios de Historia Social*, nº 28-29, 49-75.
- (1992): «La historiografía de los nacionalismos en España», *Historia Contemporánea*, nº 7, 135-154.
- BILLIG, MICHAEL (1995): *Banal Nationalism*, London, Sage.
- (1997): «Beyond the Production and Consumption of Nationalism: A Reply to Kim and Wertsch», *Culture & Psychology*, Vol. 3 (4), 485-491.
- BOTTI, ALFONSO (1993), «Il nazionalismo spagnolo nella ricerca e nel dibattito storiografico», *Italia Contemporanea*, nº 191, 317-323.

- BROWN, DAVID (2000): *Contemporary Nationalism. Civic, Ethnocultural & Multicultural Politics*, Routledge, London and New York.
- BREUILLY, JOHN (1990): *Nacionalismo y Estado*, Madrid, Pomares.
- BRUBAKER, ROGERS (2000): «Mitos y equívocos en el estudio del nacionalismo», en J.A. Hall (ed.): *Estado y nación. Ernest Gellner y la teoría del nacionalismo*, Madrid, Cambridge UP, 352-396.
- CHACÓN, PEDRO JOSÉ (2006), *La identidad maketa*, San Sebastián, Hiria.
- DE RIQUER, BORJA (1990), «Sobre el lugar de los nacionalismos-regionalismos en la historia contemporánea española», *Historia Social*, nº 7, 105-126.
- DOBB, LEONARD (1964): *Patriotism and Nationalism. Their Psychological Foundations*, New Have, Yale UP.
- GIDDENS, ANTHONY (1985): *The Nation-State and Violence*, Cambridge, Polity Press.
- EDENSOR, TIM (2002): *National Identity, Popular Culture and Everyday Life*, Oxford, Berg.
- FROSH, PAUL y WOLFSFELD, GADI (2007): «ImagiNation: news discourse, nationhood and civil society», *Media, Culture & Society*, vol. 29 (1), 105-129.
- JACOBSON, STEPHEN (2006): «Spain. The Iberian Mosaic», in T. Baycroft and M. Hewitson (eds.), *What is a Nation? Europe 1789-1914*, Oxford: Oxford UP.
- HEARN, JONATHAN (2007): «National Identity: banal, personal and embedded», *Nations and Nationalism*, nº 13 (4), 657-674.
- HECHTER, MICHAEL (2000): *Containing Nationalism*, Oxford UP, Oxford.
- KIM, CHUNG-WOON (1997): «Can We Not be Free from Nationalistic Ideology», *Culture & Psochology*, vol. 34 (4), 472-484.
- LAW, ALEX (2001): «Near and far: banal national identity and the press of Scotland», *Media, Culture & Society*, Vol. 23, 299-317.
- MARTÍ, MANUEL (2001): «El reino de lo implícito: la reproducción social de la identidad nacional en los medios audiovisuales», en A. Company, J. Pons i S. Serra (eds.), *La comunicació audiovisual en la història. Aportacions de la comunicació a la comprensió i construcció de la història del segle XX*, vol. II, Palma de Mallorca, Universitat de les Illes Balears, 827-834.
- (2007): «La rutina nacional. Sobre la reproducción de la identidad nacional en las sociedades postindustriales», en T. Carnero y F. Archilés (eds.): *Europa, Espanya, Pays Valencià. Nacionalisme i democràcia: passat i futuro*, València, Universitat de València, 99-109.
- MOLINA, FERNANDO (2008): «¿Realmente la nación vino a los campesinos? *Peasants into Frenchmen* y el «debate Weber» en España y Francia», *Historia Social*, nº 62, 2008, 79-102.
- MOLINA, FERNANDO y CABO, MIGUEL (2010): «An inconvenient nation. Nation-building and national identity in modern Spain», en *National Identification from bellow. Europe from the late 18<sup>th</sup> to the end of the First World War*, en prensa.
- MORENO CABRERA, JUAN CARLOS (2008): *El nacionalismo lingüístico. Una ideología destructiva*, Barcelona, Península.
- MURO, DIEGO y QUIROGA, ALEJANDRO (2005): «Spanish nationalism: Ethnic or Civic?», *Ethnicities*, nº 5, 1, 9-29.

- NÚÑEZ SEIXAS, XOSE MANOEL (1993): *Historiographical Approaches to Nationalism in Spain*, Saarbrücken-Fort Lauderdale, Verlag Breitenbach Publishers.
- (1997): «Los oasis en el desierto. Perspectivas historiográficas sobre el nacionalismo español», *Bulletin d'Histoire Moderne et Contemporaine*, n° 26, 483-533.
- (2001): «What is Spanish nationalism today? From legitimacy crisis to unfulfilled renovation (1975-2000)», *Ethnic and Racial Studies*, 24/5, 719-752.
- (2004): «Patriotas y demócratas: sobre el discurso nacionalista español después de Franco (1975-2005)», *Gerónimo de Uztariz*, n° 20, 45-98.
- (2005): «De la región a la nacionalidad: Los neo-regionalismos en la España de la transición y consolidación democrática», en C. Waisman, R. Rein y A. Gurrutxaga (comps.), *Transiciones de la dictadura a la democracia: los casos de España y América Latina*, Bilbao, UPV, 101-140.
- ÖZKIRIMLI, UMUT (2000): *Theories of Nationalism. A Critical Introduction*, Londres, Palgrave.
- ÖZKIRIMLI, UMUT y YUMUL, ARUS (2000): «Reproducing the nation: 'banal nationalism' in the Turkish press», *Media, Culture & Society*, vol. 22, 787-804.
- PALMER, CATHERINE (1998): «From Theory To Practice: Experiencing the Nation in Everyday Life», *Journal of Material Culture*, n° 3 (2), 175-199.
- SAVATER, FERNANDO (2001), *Perdonen las molestias. Crónica de una batalla sin armas contra las armas*, Madrid, Suma de Letras.
- SCHLESINGER, PHILIP (1991): *Media, State and Nation: Political Violence and Collective Identities*, Londres, Sage.
- TAIBO, CARLOS (dir.) (2007): *Nacionalismo español. Esencias, memoria e instituciones*, Madrid, Los libros de la Catarata.
- WERTSCH, JAMES V. (1997): «Consuming Nationalism», *Culture & Psychology*, Vol. 3 (4), 461-471.